

Las Apariciones y la Imagen de Guadalupe

(S a n t a M a r í a T e q u a t l a s u p e)

Xavier Escalada, S. J.

La aparición de la Virgen Santísima al indio Juan Diego y el origen milagroso de su imagen, pintada sobre una tilma, han sido puestas en tela de juicio en más de una ocasión. Se arguye el argumento del silencio de algunos historiadores y se añade también lo extraordinario de considerar a la pintura como realizada de un modo milagroso, caso insólito en los anales de otras apariciones tenidas por milagrosas.

El argumento del silencio no vale mucho, cuando existen otros documentos fidedignos de tiempos muy remotos. En cuanto a la imagen pintada en la tela del ayate usado por Juan Diego, hay que reconocer que reúne una porción de circunstancias que abonan un origen por lo menos nada común.

Sobre estos extremos, así como sobre el nombre original de esta aparición, ha escrito un documentado estudio el P. Xavier Escalada, S. J.¹ basándose sobre todo en la narración escrita a mediados del siglo XVI en elegante idioma nahuatl o mexicano por Don Antonio Valeriano, emparentado con la casa real de Moctezuma. Este personaje contemporáneo de los hechos y con formación literaria y crítica suficiente era el más apto para hacer un relato cabal de este acontecimiento, hasta el punto de que, en concepto del P. Escalada, bien se puede afirmar que no había entonces español o indio, fraile o lego, de cuantos habitaban en México que pudiese escribir los hechos con más veracidad, criticismo y pulcritud que él.

Antonio Valeriano nació en Atzacapotzalco, de donde llegó a ser gobernador de los indios. Fue de los alumnos fundadores del insigne Colegio de Santiago Tlatelolco, con tanto éxito y aprovechamiento que de alumno pasó a Maestro y dominó el latín y el castellano tan bien como su lengua nativa mexicana. Tuvo entre españoles e indios una enorme autoridad, como hombre honrado y erudito y de él decía el Obispo Fuenleal que era "tan hábil y capaz que hacía gran ventaja a los españoles".

Cuando escribió su "Nican Mopohua" o "Narración de las Apariciones" de su puño y letra, vivían aún el Obispo Fray Juan de Zumárraga, Juan Diego y el tío de este Juan Bernardino, a todos los cuales interrogó minuciosamente.

LA NARRACION DE LAS APARICIONES DE ANTONIO VALERIANO.

Comienza así el manuscrito "Nican Mopohua":

"Se refiere aquí de qué manera se apareció, poco ha, maravillosamente la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, nuestra reina, en el Tepeyac, que se nombra Guadalupe".

"Primero se dejó ver de un pobre indio llamado Juan Diego, y después se apareció su preciosa imagen delante del nuevo obispo Don Fray de Zumárraga".

¿Quién era este "nuevo obispo, Don Fray de Zumárraga? A pocos hombres debe tanto México como a este recio vasco, el primero en contemplar el delicado retrato que de sí misma dio la Virgen a sus mexicanos. A él tienen los indios la más tenaz y sensata defensa, que cul-

minó en las Cédulas de Malinas, dadas por Carlos V, en las que se reconoce la tierra mexicana como propiedad de los nacidos en ella. El consiguió la traída de la primera imprenta que hubiera en América, negoció en Toledo la primera Universidad, fundó el Hospital del Amor de Dios, trajo de España árboles frutales, semillas de lino y cáñamo y hasta moriscos de Granada para enseñar a los indios el cultivo de la seda; trajo bestias de carga para relevar a sus indios, ganado lanar y artesanos para que enseñasen a tejer telas, alfombras y tapicería, para todo lo cual puso en Sevilla un solicitador propio y perfecto, "que si se deja a los oficiales, olvidadlo han y no se hará nada".

La descripción de los hechos se hace del siguiente modo:

"Diez años después de tomada la ciudad de México, se suspendió la guerra y hubo paz en los pueblos, así como empezó a brotar la fe, el conocimiento del verdadero Dios, por quien se

1. ESCALADA, Xavier, S. J. — "SANTA MARIA TEQUATLASUPE". México, Imp. Murguía, 1965.

vive. A la sazón, en el año de mil quinientos treinta y uno, a pocos días del mes de diciembre sucedió que había un pobre indio, de nombre Juan Diego, según se dice natural de Cuautitlán. Tocante a las cosas espirituales, aún todo pertenecía a Tlatilolco. Era sábado muy de madrugada, y venía en pos de culto divino y de sus mandados. Al llegar junto al cerrillo llamado Tepeyac, amanecía; y oyó cantar arriba del cerrillo: semejaba canto de varios pájaros preciosos; callaban a ratos las voces de los cantores; y parecía que el monte les respondía. Su canto, muy suave y deleitoso, sobrepujaba al del coyoltótl y del tzinizcan y de otros pájaros lindos que cantan. Se paró Juan Diego a ver y dijo para sí "¿Por ventura soy digno de lo que oigo? ¿Quizá sueño? ¿Me levanto de dormir? ¿dónde estoy? ¿caso en el paraíso terrenal, que me dejaron dicho los viejos, nuestros mayores? ¿caso ya en el cielo". Estaba viendo hacia el oriente, arriba del cerrillo, de donde procedía el precioso canto celestial; y así que cesó repentinamente y se hizo el silencio, oyó que le llamaban de arriba del cerrillo y le decían: "Juanito, Juan Dieguito". Luego se atrevió a ir a donde le llamaban; no se sobresaltó un punto; al contrario, muy contento, fue subiendo el cerrillo, a ver de dónde le llamaban.

Primera Aparición.

Cuando llegó a la cumbre, vió a una señora, que estaba allí de pie y que le dijo que se acercara. Llegado a su presencia, se maravilló mucho de su sobrehumana grandeza: su vestidura era radiante como el sol; el risco en que posaba su planta, flechado por los resplandores, semejaba una ajorca de piedras preciosas; y relumbraba la tierra como el arco iris. Los mezquites, nopales y otras diferentes hierbecillas que allí se suelen dar, parecían de esmeralda; su follaje, finas turquesas; y sus ramas y espinas brillaban como el oro. Se inclinó delante de ella y oyó su palabra, muy blanda y cortés, cual de quien atrae y estima mucho. Ella le dijo: "Juanito, el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?" El respondió: "Señora y Niña mía, tengo que llegar a tu casa de México Tlatilolco, a seguir las cosas divinas, que nos dan y enseñan nuestros sacerdotes, delegados de Nuestro Señor". Ella luego le habló y le descubrió su santa voluntad: le dijo: "Sabe y ten entendido, tú el más pequeño de los hombres mis hijos, que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive; del Creador cabe quien está todo; Señor del cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre, a tí, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; oír allí sus lamentos, y remediar todas sus miserias, penas y dolores.

Y para realizar lo que mi clemencia pretendo, ve al palacio del obispo de México y le dirás cómo yo te envío a manifestarle lo que mucho deseo, que aquí en el llano me edifique un templo: le contarás puntualmente cuanto has visto y admirado, y lo que has oído. Ten por seguro que lo agradeceré bien y lo pagaré, porque te haré feliz y merecerás mucho que yo recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo. Mira que ya has oído mi mandato, hijo mío el más pequeño; anda y pon todo tu esfuerzo". Al punto se inclinó delante de ella y le dijo: "Señora mía, ya voy a cumplir tu mandato; por ahora me despedido de tí, yo tu humilde siervo". Luego bajó, para ir a hacer su mandato; y salió a la calzada que viene en línea recta a México".

Juan Diego visita al Sr. Obispo Zumárraga.

"Habiendo entrado en la ciudad, sin dilación se fue en derecha al palacio del obispo, que era el prelado que muy poco antes había venido y se llamaba Don Fray Juan de Zumárraga, religioso de San Francisco. Apenas llegó, trató de verle; rogó a sus criados que fueran a anunciarle; y pasado un buen rato, vinieron a llamarle, que había mandado el señor obispo que entrara. Luego que entró, se inclinó y arrodilló delante de él; en seguida le dió el recado de la Señora del cielo; y también le dijo cuanto admiró, vió y oyó. Después de oír toda su plática y su recado, pareció no darle crédito; y le respondió: "Otra vez vendrás, hijo mío, y te oiré más despacio; lo veré muy desde el principio y pensaré en la voluntad y deseo con que has venido". El salió y se vino triste, porque de ninguna manera se realizó su mensaje".

Juan Diego hubo de explicar a la Señora sus dificultades, pero esta insistió en que debía ser él y no otro quien llevara su mensaje al obispo.

Segunda visita de Juan Diego al obispo.

"Al día siguiente, domingo, muy de madrugada, salió de su casa y se vino derecho a Tlatilolco, a instruirse de las cosas divinas y estar presente en la cuenta, para ver en seguida al prelado. Casi a las diez se aprestó, después de que se oyó Misa y se hizo la cuenta y se dispersó al gentío. Al punto se fue Juan Diego al palacio del señor obispo. Apenas llegó, hizo todo empeño por verle: otra vez con mucha dificultad le vió; se arrodilló a sus pies; se entristeció y lloró al exponerle el mandato de la Señora del cielo; que ojalá que creyera su mensaje, y la voluntad de la Inmaculada, de erigirle su templo donde manifestó que lo quería. El señor obispo, para cerciorarse, le preguntó muchas cosas, dónde la vió y cómo era; y él refirió todo perfectamente al señor obispo. Mas aunque explicó con precisión la figura de ella y cuanto había visto y admirado, que en

todo se descubría ser ella la siempre Virgen, Santísima Madre del Salvador Nuestro Señor Jesucristo; sin embargo, no le dió crédito y dijo que no solamente por su plática y solicitud se había de hacer lo que pedía; que, además, era muy necesaria alguna señal, para que se le pudiera creer que le enviaba la misma Señora del cielo. Así que lo oyó, dijo Juan Diego al obispo: "Señor, mira cuál ha de ser la señal que pides; que luego iré a pedírsela a la Señora del cielo que me envió acá". Viendo el obispo que ratificaba todo sin dudar ni retractar nada, le despidió. Mandó inmediatamente a unas gentes de su casa, en quienes podía confiar, que le vinieran siguiendo y vigilando mucho a dónde iba y a quién veía y hablaba. Así se hizo.

Juan Diego se vino derecho y, caminó por la calzada; los que venían tras él, donde pasa la barranca, cerca del puente del Tepeyac, le perdieron; y aunque más buscaran por todas partes, en ninguna le vieron. Así es que regresaron, no solamente porque se fastidieron, sino también porque les estorbó su intento y les dió enojo. Eso fueron a informar al señor obispo inclinándole a que no le creyeran: le dijeron que no más le engañaba; que no más forjaba lo que venía a decir, o que únicamente soñaba lo que decía y pedía; y en suma discurrieron que si otra vez volvía, le habían de coger y castigar con dureza, para que nunca más mintiera y engañara".

La señal.

Una vez comunicada a la Virgen la condición pedida por Zumárraga para creerle, empleó Juan Diego el lunes en atender los encargos de su tío Juan Bernardino, gravemente enfermo, y el Martes al ir a buscar un sacerdote para que le confesara, caminó dando la vuelta al cerro para evitar el encuentro con la Señora y llegar lo más pronto a México.

"Pensó —dice Valeriano— que por donde dió la vuelta, no podía verle la que está mirando bien a todas partes. La vió bajar de la cumbre del cerrillo y que estuvo mirando hacia donde antes él la veía. Salió a su encuentro a un lado del cerro y le dijo: "Qué hay, hijo mío el más pequeño? ¿a dónde vas? —¿Se apenó él un poco, o tuvo vergüenza, o se asustó? Se inclinó delante de ella; y le saludó diciendo: "Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora, ojalá estés contenta. ¿Cómo has amanecido? ¿estás bien de salud, Señora y Niña mía? Voy a causarte aflicción: sabe, Niña mía, que está muy malo un pobre siervo tuyo, mi tío; le ha dado la peste, y está para morir. Ahora voy presuroso a tu casa de México a llamar a uno de los sacerdotes amados de Nuestro Señor, que vaya a confesarle y disponerle".

Añadió Juan Diego que al día siguiente cumpliría su encargo, pero la Virgen le confortó, asegurándole que todo saldría bien y que su tío



sanaría, como así sucedió. Luego añadió: "Sube, hijo mío el más pequeño, a la cumbre del cerrillo; allí donde me viste y te di órdenes, hallarás que hay diferentes flores; córtalas, júntalas, recógelas; en seguida baja y tráelas a mi presencia". Al punto subió Juan Diego al cerrillo; y cuando llegó a la cumbre, se asombró mucho de que hubieran brotado tantas variadas exquisitas rosas de Castilla, antes del tiempo en que se dan, porque a la sazón se encrudecía el hielo: estaban muy fragantes y llenas del rocío de la noche, que semejaba perlas preciosas. Luego empezó a cortarlas; las juntó todas y las echó en su regazo.

La cumbre del cerrillo no era lugar en que se dieran ningunas flores, porque tenía muchos riscos, abrojos, espinas, nopales y mezquites; y si se solían dar hierbecillas, entonces era el mes de diciembre, en que todo lo come y echa a perder el hielo. Bajó inmediatamente y trajo a la Señora del cielo las diferentes rosas que fue a cortar; la que, así como las vió, las cogió con su mano y otra vez se las echó en el regazo, diciéndole: "Hijo mío el más pequeño, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo. Le dirás en mi nombre que vea en ella mi voluntad y que él tiene que cumplirla. Tú eres mi embajador muy digno de confianza. Rigorosamente te ordeno que sólo delante del obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. Contarás bien todo; dirás que te mandé subir a la cumbre del cerrillo, que fueras a cortar flores; y todo lo que viste

y admiraste, para que puedas inducir al prelado a que dé su ayuda, con objeto de que se haga y erija el templo que he pedido”.

“Después que la Señora del cielo le dió su consejo, se puso en camino por la calzada que viene derecha a México: ya contento y seguro de salir bien, trayendo con mucho cuidado lo que portaba en su regazo, no fuera que algo se le soltara de las manos, y gozándose en la fragancia de las variadas hermosas flores”.

Severidad crítica de la Iglesia.

Los que han tenido la suprema desgracia de perder la fe se resisten a nombre de un falso cienticismo y niegan hasta la posibilidad de lo sobrenatural en la diaria vida de los hombres. Y de paso tachan a la Iglesia de crédula, ingenua, blanda y débil para admitir milagros y revelaciones. Sin embargo la verdad de los hechos es que apenas habrá institución, por muy científica que se le suponga, tan cauta, lenta y desconfiada como la Iglesia (la oficial, decimos, no el pueblo sencillo y facilitón, que no cuenta para el estudio científico de las posibles intervenciones sobrenaturales). Lo prueban las mil pseudo-revelaciones que la Iglesia en todos los tiempos ha desenmascarado, la lentitud, para muchos irreverente, con que admitió al fin las que encontró suficientemente probadas, el enérgico y maduro examen de los llamados milagros de Lourdes o las Causas de Canonización, donde exige testimonio jurado de médicos y peritos, muchas veces incrédulos, y donde rechaza muchos prodigios, al parecer evidentes, por detalles que se antojan mínimos a quien no tiene el enorme espíritu crítico de la misma Iglesia.

“Al llegar al palacio del obispo, salieron a su encuentro el mayordomo y otros criados del prelado. Les rogó que le dijeran que deseaba verle; pero ninguno de ellos quiso, haciendo como que no le oían, sea porque ya le conocían, que sólo los molestaba, porque les era importuno; y, además, ya les habían informado sus compañeros, que le perdieron de vista, cuando habían ido en su seguimiento. Largo rato estuvo esperando. Ya que vieron que hacía mucho que estaba allí, de pie, cabizbajo, sin hacer nada, por si acaso era llamado; y que al parecer traía algo que portaba en su regazo, se acercaron a él, para ver lo que traía y satisfacerse. Viendo Juan Diego que no les podía ocultar lo que traía, y que por eso le habían de molestar, empujar o aporrear, descubrió un poco, que eran flores; y al ver que todas eran diferentes rosas de Castilla, y que no era entonces el tiempo en que se daban se asombraron muchísimo de ello, lo mismo de que estuvieran muy frescas, y tan abiertas, tan fragantes y tan preciosas. Quisieron coger y sacarle algunas; pero no tuvieron suerte porque cuando iban a cogerlas, ya no veían verdaderas flores, sino que les parecían pintadas o labradas o cosidas en la manta. Fueron luego a

decir al señor obispo lo que habían visto y que pretendía verle el indito que tantas veces había venido; el cual hacía mucho que por eso aguardaba, queriendo verle. Cayó, al oírlo, el señor obispo en la cuenta de que aquello era la prueba, para que se certificara y cumpliera lo que solicitaba el indito. En seguida mandó que entrara a verle. Luego que entró, se humilló delante de él así como antes lo hiciera, y contó de nuevo todo lo que había visto y admirado, y también su mensaje. Dijo: “Señor, hice lo que me ordenaste, que fuera a decir a mi Ama, la Señora del cielo, Santa María, preciosa Madre de Dios, que pedías una señal para poder creerme que le has de hacer el templo donde ella te pide que lo erijas; y además le dije que yo te había dado mi palabra de traerte alguna señal y prueba, que me encargaste, de su voluntad. Condescendió a tu recado y acogió benignamente lo que pides, alguna señal y prueba para que se cumpla su voluntad. Hoy muy temprano me mandó que otra vez viniera a verte; le pedí la señal para que me creyeras, según me había dicho que me la daría; y al punto lo cumplió: me despachó a la cumbre del cerrillo, donde antes ya la viera, a que fuese a cortar varias rosas de Castilla. Después que fui a cortarlas, las traje abajo; las cogió con su mano y de nuevo las echó en mi regazo, para que te las trajera y a tí en persona te las diera. Aunque yo sabía bien que la cumbre del cerrillo no es lugar en que se den flores, porque sólo hay muchos riscos, abrojos, espinas, nopales y mezquites no por eso dudé; cuando fui llegando a la cumbre del cerrillo, miré que estaba en el paraíso, donde había juntas todas las varias y exquisitas rosas de Castilla, brillantes de rocío, que luego fui a cortar. Ella me dijo por qué te las había de entregar; y así lo hago, para que en ellas veas la señal que pides y cumplas su voluntad; y también para que aparezca la verdad de mi palabra y de mi mensaje. Hélas aquí: recíbelas”.

Aparece la imagen.

“Desenvolvió luego su blanca manta, pues tenía en su regazo las flores; y así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella y apareció de repente la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, de la manera que está y se guarda hoy en su templo del Tepeyácac, que se nombra Guadalupe. Luego que la vió el señor obispo, él y todos los que allí estaban, se arrodillaron, mucho la admiraron; se levantaron a verla; se entristecieron y acongojaron, mostrando que la contemplaron con el corazón y el pensamiento. El señor obispo con lágrimas de tristeza oró y le pidió perdón de no haber puesto en obra su voluntad y su mandato. Cuando se puso en pie, desató del cuello de Juan Diego, del que estaba atada, la manta en que se dibujó y apareció la Señora del cielo,

Luego la llevó y fue a ponerla en su oratorio. Un día más permaneció Juan Diego en la casa del obispo, que aún le detuvo. Al día siguiente, le dijo: "¡Eal, a mostrar dónde es voluntad de la Señora del cielo que le erijan su templo".

Inmediatamente se convidó a todos para hacerlo. No bien Juan Diego señaló dónde había mandado la Señora del cielo que se levantara su templo, pidió licencia de irse. Quería ahora ir a su casa a ver a su tío Juan Bernardino; el cual estaba muy grave cuando le dejó y vino a Tlatilolco a llamar a un sacerdote, que fuera a confesarle y disponerle, y le dijo la Señora del cielo que ya había sanado. Pero no le dejaron ir solo, sino que le acompañaron a su casa. Al llegar, vieron a su tío que estaba muy contento y que nada le dolía.

A entrambos, a él y a su sobrino, los hospedó el obispo en su casa algunos días, hasta que se erigió el Templo de la Reina en el Tepeyácac, donde la vió Juan Diego. El señor obispo trasladó a la Iglesia Mayor la santa imagen de la amada Señora del cielo: la sacó del oratorio de su palacio, donde estaba, para que toda la gente viera y admirara su bendita imagen. La ciudad entera se conmovió: venía a ver y admirar su devota imagen, y a hacerle oración. Mucho le maravillaba que se hubiese aparecido por milagro divino; porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen".

Hasta aquí la narración de Don Antonio Valeriano.

Prescindiendo de los detalles señalados en el escrito y de su estilo ampuloso conforme con el gusto de aquella época, destaca de él y de otros documentos similares el hecho fundamental y admitido comúnmente de la existencia entre los mexicanos de una antiquísima devoción a la Virgen María bajo esta advocación de Guadalupe y centrada en la veneración de su imagen pintada en una tilma, hecho que la tradición considera de origen extraordinario y milagroso. Destaca, asimismo, otro hecho evidente que es la constancia con la que la nación mexicana no ha dejado de acudir, generación tras generación, a postrarse y orar ante dicha imagen; el que se le atribuyan multitud de prodigios hechos en favor de sus devotos y sobre todo el que se la considere como el principal instrumento del que Dios se ha querido servir para la conservación de la fe del pueblo, que es el prodigio mayor y que bastaría a justificar con ese sello divino la veracidad de cualquier tradición.

Origen del lienzo.

Sobre el origen de esta pintura se ha discutido mucho por unos y otros. Pero de los exámenes a que se ha sometido y de las nuevas técnicas de investigación sobre pinturas, nada se ha podido concluir en contra de la tradición.

Lo cual es ya mucho. He aquí algunos de los argumentos que aduce el P. Escalada en favor de esta última.

1.—**Duración del lienzo.** Tiene 434 años de vida, sin tratamiento o cuidado especial. Ha resistido la humedad o salitre, muy abundante y corrosivo en aquellos parajes antes de que fuese secado el Lago de Texcoco. Cuadros de más firme textura se decoloraban y dañaban en pocos años, como lo comprobó repetidas veces Miguel Cabrera; el mismo certifica que hasta las maderas y metales no duraban entonces más de un siglo.

2.—**Imperfección del ayate en que está pintada la Virgen.** Es un tejido grosero, hecho de fibra de maguey que tejían los indios. Su trama es tan imperfecta que en el examen de 1751 miraban por el reverso de la pintura y podían ver al través "como si fuera una celosía"; "sin que estorbe el lienzo, se ven con claridad y distinción los objetos que están de la otra parte; así lo he experimentado varias veces", escribe el gran pintor Cabrera.

3.—**Tan burdo material e impropio para retener cualquier pintura, no recibió ningún preparado.** Todo pintor sabe que tan difícil como pintar sin color o sin pincel es pintar sobre una superficie no apta, sin aparejo que la disponga, no sólo para evitar la molestia de los hilos, sino para impedir que los colores se pasen o diluyan a través del lienzo. Ya en 1666, los siete pintores se asombraron al certificar que sobre un ayate ordinario y sin preparado alguno pudiera haberse pintado y pudiera conservarse tal imagen, entonces por espacio de 135 años (hoy hay que añadirle 298 años más).

4.—**El ayate no es siquiera de una sola pieza, sino que se compone de dos, cosidas de arriba abajo por un delgado y endeble hilo de algodón, que en circunstancias normales debería haberse quebrado y descosido, sobre todo porque estuvo más de cien años expuesto al calor de innumerables ceras y hachones que ardían, continuamente y lo reseaban, para volverse después a humedecer con el salitre acuoso del Lago. Que el hilo no se rompiera es más admirable aún si se tienen en cuenta los datos del punto siguiente.**

5.—**Hoy día se defiende y preserva el lienzo como tesoro de inapreciable valor. Pero no siempre fue así. Hasta 1547 (hace 116 años) estuvo sin vidrio que lo protegiese, expuesto directamente a la imprudente veneración popular, en un altar tan bajo que las manos de cualquiera pudieron tocarlo.**

A pesar de ello nada sufrió la pintura.

6.—**Los ojos de la imagen reflejan la figura de Juan Diego.** Otro de los prodigios descubiertos últimamente por los que han examinado esta pintura es el que en la córnea de ambos ojos

de la Virgen aparece el contorno de un busto, que bien pudiera ser el del indio Juan Diego en el momento en el que la Señora le devolvía las rosas que había tomado de su tilma.

En concepto de oculistas y fotógrafos el fenómeno se puede dar de un modo natural siempre que el objeto que se enfrenta ante el rostro esté bien iluminado, actuando el globo del ojo a manera de espejo. Pero, aunque se trate de un hecho natural, la ausencia de este detalle en las pinturas hechas por los artistas indica que el procedimiento seguido en esta pintura de la Virgen supera a toda la técnica, no sólo de aquellos tiempos sino aun de estos.

Santa María Tequatlalaupe.

Según el P. Escalada este fué el nombre que se dió la Virgen a sí misma. Dice así en el referido estudio (pág. 11):

La Virgen le dijo a Juan Bernardino (el tío de Juan Diego) que "fuera a ver al Obispo, le revelara lo que vió y de qué manera le había ella sanado. Y que bien le nombraría, así como bien había de nombrarse su imagen, la siempre Santa María de Guadalupe". El nombre, pues, fue manifestado no a Juan Diego, sino a su tío Juan Bernardino, de más edad y con escasos o nulos conocimientos de la lengua castellana.

Juan Bernardino transmitió un nombre parecido a Guadalupe, pero no ciertamente Guadalupe, porque esta palabra es arábica y tiene dos consonantes, la G y la D que ni siquiera existen en la lengua mexicana. El habló de Tequatlaxopeuh, que se pronuncia Tecuatlasupe; los españoles, siguiendo su habitual y explicable costumbre de castellanizar los vocablos indios, propios de lugares o personas, encontraron un fortuito parecido a la Virgen de Guadalupe que hay en Extremadura, la patria chica de buena parte de ellos; y siguiendo otra vez la costumbre de aplicar a las tierras nuevas los nombres de sus lugares, se les hizo normal llamar a la Virgen indita de Tequatlaxopeuh, la Virgen de Guadalupe, nombre con el que pasó hasta nosotros.

¿Qué significa Tequatlaxopeuh? Significa "vencedora del demonio", o más bien "la que ahuyenta a los que nos comen".

La nobleza de las gentes aztecas, aunque aceptaba el sacrificio de la vida humana en obsequio a sus divinidades, sentía sin duda una íntima repugnancia por aquellos ritos macabros y denigrantes. Por eso les fue fácil comprender y aceptar a la dulce Niña que hablaba de defenderlos; aceptar su nombre de "ahuyentadora de los que nos comen", de los que nos sacrifican. Era el paso de un paganismo violento e implacable a la dulzura innata y primera de los pueblos aztecas, simbolizada en la dulce faz de la nueva Tonantzin.

Así se expresa el P. Escalada y explica el origen del actual nombre de Guadalupe, con el que se conoce esta advocación de Nuestra Señora.

DISTRIBUIDORES PARA EL SALVADOR:



Tónico Reconstituyente

Droguería Cosmos

Calle Delgado 317 — Tel. 21-31-00.

REGALOS DE BODA, *lo más nuevo y elegante
a precios razonables los encontrará en*

PARIS VOLCAN

SAN SALVADOR.